

como los que tenemos cuando estamos soñolientos, los de los borrachos... son de color indefinido y sin forma determinada, pues los contornos son borrosos. Por el contrario, los pensamientos perfectamente concebidos tienen imagen perfilada y color acentuado. En otros términos, el color y forma de los pensamientos está en razón directa de la perfección con que se hayan forjado en nuestra mente.

También es digno de llamar la atención el hecho de que la índole y naturaleza del pensamiento guarda perfecta analogía con la forma y color de la imagen por él creada. Por ejemplo: una sentida plegaria produce la imagen de una cruz ó de una estrella de color azul celeste, y un pensamiento de venganza origina un círculo ó varias formas á modo de gotas de color rojo oscuro.

He dicho antes que nuestra inteligencia rechaza *à priori* la idea de que los pensamientos, que son fenómenos del alma, pudieran tener color y forma, propiedades de la materia; mas esto se debe á los prejuicios, algunos falsos, que la enseñanza oficial nos ha hecho concebir, prejuicios tan arraigados en nuestra mente, que nos cuesta gran esfuerzo para desecharlos, aunque los hechos experimentales nos demuestren su sinrazón.

No pretendo, ni tal es hoy mi propósito, entrar en disquisiciones fisiológicas para demostrar cómo en la formación de los pensamientos, aunque son actos del espíritu, toma parte, y no pequeña, nuestro organismo, como al formular un pensamiento en nuestra mente, acaso del esfuerzo hecho por el cerebro se origina en él una vibración especial—que muy bien pudiera ser de naturaleza fosfórica—que sale al exterior y que adquiere diferentes formas y colores, según sean los pensamientos originarios, y, por consiguiente, la mayor ó menor intensidad y viveza de las vibraciones.

Repito que no entra en mi propósito explicar cómo se verifica el fenómeno, ni tampoco podría hacerlo porque las experiencias hasta hoy realizadas no suministran los suficientes datos para pasar del terreno de las teorías al de los principios demostrados.

Acaso no pasen las cosas como indico en la anterior hipótesis y las formas de los pensamientos sean producidas por la imaginación que las forja en el acto de pensar—y hace sospechar que sea así muchas consideraciones que no son del caso exponer.

De todos modos, que conozcamos ó no su causa, el hecho real y positivo es que, cuando pensamos, se forma á nuestro alrededor una imagen de forma y color determinados, que, si no es percibida por nuestro limitado sentido de la vista (1), puede serlo por el sentido más perspicaz de algunas personas dotadas de naturaleza especial, que los espiritistas denominan *médiums*, y los hipnólogos y magnetistas *sujetos*, imagen que puede impresionar y quedar grabada en una placa fotográfica extremadamente sensible. Acaso no pase mucho tiempo sin que la química encuentre sustancias adecuadas que permitan fotografiar las imágenes creadas por los pensamientos tan fácilmente como se fotografían los objetos materiales.

Aunque el asunto, por lo trascendente y original, se presta á muchas reflexiones, haré hoy aquí punto, mas no sin antes hacer constar que la fra-

se vulgar "Los jóvenes tienen los pensamientos de color de rosa," es, por lo visto, exacta, no sólo en su sentido alegórico, sino en su sentido propio.

E. GARCÍA GONZALO.

RESEÑA HISTORICA DE LA GUARDIA CIVIL

POR EL CORONEL DEL CUERPO

D. EUGENIO DE LA IGLESIA

No había de tardar el cuerpo en poner de nuevo á prueba sus condiciones militares.

Era en Marzo de 1848 y todavía se alzaban humeantes en París las barricadas de la revolución que arrojó del trono á Luis Felipe, cuando se establecía el Gobierno provisional de Lamartine y se dotaba á Francia de instituciones republicanas, que después de todo sólo sirvieron para preparar el advenimiento del imperio. En Austria, en Alemania, en Polonia, en Irlanda y en los diversos estados de Italia la agitación era inmensa; conmovíanse los tronos y las dinastías y las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, que la revolución francesa de fines de la última centuria había propagado por todos los pueblos de Europa, tomaban nueva forma, como base de una república universal europea, al mismo tiempo que apuntaban las doctrinas socialistas y comunistas, excitando hasta el frenesí á las clases proletarias.

Entonces fué cuando el general Narváez, presidente del Consejo de Ministros, á quien probablemente la Historia, más justa que los contemporáneos, considerará como el primer hombre de Estado de la España del siglo XIX, se aprestó para combatir á una revolución que en toda Europa triunfaba, obteniendo de las Cortes una autorización para suspender las garantías constitucionales y recaudar los impuestos, con lo que dió principio á la famosa dictadura que nos hizo fuertes y respetables en el exterior y nos libró en el interior del destructor efecto de los huracanes revolucionarios.

La revolución fué vencida en las calles de Madrid en los días 26 de Marzo y 7 de Mayo, y en ambos la compañía de la capital y el escuadrón del primer tercio se cubrieron de gloria combatiendo en la Puerta del Sol, plaza de la Cebada y calles Mayor, de Toledo y de Hortaleza y de Fuencarral, ya en pequeñas fracciones, ya reunida á las órdenes de su primer jefe, el brigadier Barón de Purgold, antiguo y acreditado coronel del regimiento Infantería de Guadalajara (1).

En el segundo de los citados días corrió grave peligro el general inspector duque de Ahumada. Detenido en medio de la calle Mayor, cuando, á caballo, escoltado por cuatro guardias, se dirigía á la Puerta del Sol, sufrió una descarga casi á quemarropa al llegar á la altura de la calle del Triunfo, siendo herido en la ceja derecha, recibiendo su caballo dos balazos, otros dos ó tres su montura y quedando también heridos dos de los guardias que le escoltaban. A su serenidad y arrojo debió el salir, aunque no ileso, de las manos de sus enemigos en aquella terrible y brusca acometida.

El brillante comportamiento observado en los citados días por las escasas tropas del primer tercio y la necesidad de destruir á las diferentes par-

tidas que con distintas denominaciones se habían levantado en armas en muchas provincias, sugirieron, sin duda, al Gobierno, la idea de dedicar á la persecución de ellas la totalidad de la guarnición de Madrid, sustituyéndola con una respetable fuerza de la Guardia civil, á cuyo efecto se dictó el Real decreto de 10 de Mayo para reunir en la corte hasta 4.000 hombres. De todos los puestos, y á marchas forzadas, se dirigieron á ella los guardias solteros, teniendo cuidado el general inspector de que á los casados y á sus familias se les atendiese debidamente por el oficial que al efecto quedaba en cada provincia comisionado.

En breves días organizáronse en Madrid cuatro magníficos batallones, cuya presencia en la gran parada que tuvieron en 2 de Junio siguiente para ser revistados por S. M. la Reina en el salón del Prado causó en las diversas clases del pueblo impresión grandísima al admirar aquel brillante uniforme que en muy pocos años había llegado á ser terror de los criminales y prenda segura de orden y confianza para las personas honradas.

"Nunca olvidaremos, dice Quevedo Donis (1), la deslumbradora impresión que nos causó ver desfilar aquellas completas compañías en columna por la espaciosa calle de Alcalá."

La Real orden laudatoria que lleva fecha del día siguiente, dictada como consecuencia de esta revista, siempre será un timbre de gloria para la Guardia civil.

En fines de Agosto regresaron estas fuerzas á sus puestos para prestar el servicio propio del instituto, y es de notar el tacto y prudencia que se había aprendido á emplear en las muchas comisiones de índole delicada que al cuerpo se le confiaban. Sabido es que el Ministerio Narváez

(1) *La Guardia civil.—Historia de esta Institución.—Madrid, 1858.*



FILIPINAS.—D. José Márquez Bravo, segundo teniente del regimiento de Joló, núm. 73.

(1) La física nos enseña que hay colores á nuestro alrededor, que no vemos aquellos cuya vibración no llega ó excede á la escala para la cual está hecho nuestro ojo.

(1) En la sublevación de Sevilla, ocurrida en 13 de Mayo, también se distinguió extraordinariamente la fuerza del tercer tercio allí concentrada.